

Un reclamo de vida

No ser más la bella muerta. Erotismo, sujeto y poesía en Delmira Agustini, Teresa Wilms Montt y Clara Lair, de Ana María Baeza

(Ediciones de la Universidad de Santiago de Chile, 2012)

Lorena Amaro Castro

Instituto de Estética
Pontificia Universidad Católica de Chile

En una carta al escritor costarricense Joaquín García Monge, Gabriela Mistral puntualizaba, en respuesta a su interlocutor, que ella no se sentía símbolo de cosa alguna: “Los vivos no servimos para símbolos. Que recuerden a Delmira –que fue tan grande–; a Juana Borrero, a Sor Juana. Ellas sí son ya carne de símbolo”. Puede resultar curioso que mencione estas palabras para abordar el libro *No ser más la bella muerta. Erotismo, sujeto y poesía en Delmira Agustini, Teresa Wilms Montt y Clara Lair*, en que Mistral no forma parte del corpus de estudio. Sin embargo, como plantearé, en mi lectura del texto de Ana María Baeza resuenan estas palabras, como si la autora del *Poema de Chile* fuese una invitada silenciosa del libro. Se podría decir que está presente como un bajo: pautando cier-

tos ritmos y motivos, formando parte, fantasmáticamente (no es raro en ella) de una interesante cuadrícula poética. Ella, Gabriela, sobreviviente de los descendimientos, del amado muerto, de la madre muerta.

Mistral critica la fría inmortalidad de la muerte, una muerte perpetuada en monumentos. También reclama admiración para las tres grandes escritoras que menciona, entre ellas Delmira Agustini, cuya obra es abordada *in extenso* en uno de los capítulos del ensayo crítico de Baeza. Sabía, Mistral, algunas cosas, sobre las que también habla este libro: que la admiración, por no decir apenas el recuerdo, es esquiva a las escritoras; que cuando se las recuerda, se las recuerda mal, o al menos no por lo que se las debiera recordar: sus textos; que la clausura del canon

masculino hace necesaria la conformación de un *corpus* de textos escritos por mujeres, de una constelación de escrituras, de una genealogía, labor que necesariamente se sigue realizando y de la que el libro de Ana María Baeza da cuenta.

Si seguimos sumando coincidencias entre las palabras de Mistral y lo que el libro propone, se podría decir que las tres autoras mencionadas por Mistral –Agustini, Borrero y Juana Inés de la Cruz– debieron armarse de estrategias retóricas para poder sostener su autoría en el campo de las letras patriarcales. Otro tanto ocurre con el trío Agustini, Wilms, Lair, quienes a través de una revisión de su herencia poética –la más cercana, el modernismo– procuran dar nueva forma a la poesía erótica, como sostiene Ana María Baeza en su libro. Pero sobre todo, me da vueltas en la cabeza una última posible vinculación, una frase que me fascina, “los vivos no servimos para símbolos”, como si Mistral anticipara las mistificaciones de que sería objeto una vez muerta, una vez callada. Claro, ¿qué cosa, si no, puede ser un cuerpo muerto, una ausencia, que “carne de símbolo”, como intuye la poeta? Pensé muy concretamente en el cuerpo embal-

sado de Eva Perón, esa bella muerta condenada a atravesar los siglos convertida en efigie, también en carne que se corta y se profana. Carne de perra, carne de cañón, carne de nuestra carne. Cuántos empleos para la materialidad de una palabra, asociada por Mistral al símbolo, que en nuestra civilización ha hablado principalmente del espíritu, en ese engranaje perverso que desvincula el cuerpo de todo lo valioso. Carne, además, para hablar de *esas mujeres* a las que alude Mistral, locas mujeres. Para hablar de Delmira, que da cuerpo y pone en palabras el ansia erótica, un ansia en que sus contemporáneos quisieron ver, como explica la autora de *No ser más...*, otra cosa: misticismo, inocencia, trascendencia religiosa. Pero la carne en la poesía de Agustini, al menos como la interpreta en este libro Ana María Baeza, se resiste a la simbolización y sobre todo, se resiste a estar muerta.

A partir del tópico de la bella mujer muerta –“the most poetic topic”, en el decir de Edgar Allan Poe– Ana María Baeza revisa la configuración estética y política de esa figura en el canon literario masculino. Ya este capítulo, el segundo de un libro que recorre el problema del género

y la sexualidad en los imaginarios culturales latinoamericanos y también su puesta en juego en los planteamientos occidentales trascendentes sobre el erotismo—revela el interés y profundidad del análisis de la autora, quien deja colocados los cimientos para ir, si uno quisiera, mucho más allá en la búsqueda de casos, que ella procura constreñir a representaciones literarias románticas y modernistas, pero que es posible observar también en la imaginación masculina de las vanguardias (particularmente en el surrealismo) y mucho más cerca de nosotros —lo que daría para otra tesis— en todos aquellos textos en que el femicidio se presenta con horror y fascinación.

El libro ofrece al lector un elaborado marco teórico, en que las cuestiones atinentes al género, la sexualidad y el erotismo son tratados con minuciosidad, revelando diversas capas de análisis, provocando sugerencias y deseos de lectura. Las ideas de Bataille, Freud, Marcuse sobre la sexualidad y la cultura son expuestas con claridad y a la vez son también cuestionadas, junto con otras que, viniendo de otros enfoques, Baeza discute desde una interesante mirada de género, como por ejemplo su abor-

daje, en el capítulo dedicado a la escritora puertorriqueña Clara Lair, de la concepción kantiana de lo sublime.

La interpretaciones que la autora elabora sobre estas tres escritoras latinoamericanas, desmantela algunas nociones homogeneizadoras de esta literatura, que tienden simplemente a asimilar los motivos y las voces de las mujeres a los lineamientos del canon masculino. Aquí se revelan y relevan, por el contrario, las construcciones del erotismo femenino que, lejos de la pasividad celebrada por Poe, se fragua en un mundo interior y en la relación trascendente y horizontal... con el otro, además del propio decir poético. La poesía es, por cierto, como nos recuerda Ana María Baeza, erótica de la palabra, gasto y exceso. Autopoiesis del sujeto. Invención del placer. En su libro, que escapa a leer la poesía de estas autoras desde un biografismo estéril o prejuicioso, da un lugar particularmente importante a este aspecto, y así escribe, con ironía, sobre los supuestos que rondan la poesía erótica de Delmira: “Cuando la poeta se entrega a la tarea de imaginar un amante, más que elucubrar si su poesía tuvo o no uno —o varios— correlatos en caballeros de carne y hueso que

podieron verse involucrados en su vida, lo que nos debe interesar, desde el punto de vista literario, es que dicha invención está ejerciendo una descolonización en el propio deseo”, dice Baeza, observando que la posición desde la cual Agustini dialoga con el imaginario de su tiempo –poemas por ejemplo como “Nocturno”, en que toma el motivo rubendariano del cisne– es la de un sujeto deseante, con un papel activo y lúdico, como lo es la propia escritura de Ana María Baeza. Ella busca tomar posiciones, optando, por ejemplo, por recoger poemarios poco conocidos en nuestro medio –se valora mucho la inclusión de una puertorriqueña y de una reflexión sobre su contexto histórico y cultural, del que sabemos tan poco en Chile–, con el fin de recuperar y valorizar su escritura, y de llenar los silencios y vacíos de la representación masculina, desmitificando la belleza medusea de la mujer, triunfadora en cierta poesía masculina, porque sabe que, “el placer del arte también puede ser como el del amor: el placer de uno solo a costa de la liquidación del placer del otro” (85).

Por otra parte, llama la atención el gesto de la autora, de dar lugar en su texto, junto a los au-

tores teóricos, a las mujeres de “andar cansado”, cito, “que me acompañaron en la infancia y que –por cierto– solían recitarme versos modernistas”. Quiero decir, con esto, que su libro es político en todos los sentidos. No sólo porque aborda el problema de la representación de las mujeres en aquel primer tercio del siglo, de fuertes cambios y transformaciones sociales, de reformulación de las subjetividades en el marco de la construcción de un discurso nacional (que asocia a la mujer principalmente con una maternidad beatificada), sino que también, en este otro plano, el de la enunciación, porque señala hacia una micropolítica de los afectos, de las subjetividades y de los entramados familiares, convocando sutilmente en su alusión a la oralidad, esos otros saberes, los de los poemas oídos en la niñez por boca de esas mujeres que silenciosamente nos precedieron. Un mundo cognitivo que habitualmente los textos críticos omiten o ignoran.

El libro asume como desafío, pues, la desmitificación de los modelos representacionales del erotismo femenino y la mujer, buscando dar espacio, voz y análisis a una imaginación reprimida por la cultura en general y

latinoamericana en particular. Es así como observa el trabajo de estas autoras como una difícil puesta en escena, “una lucha cuerpo a cuerpo con el lenguaje y la tradición poética heredada”. La sexualidad y el erotismo son nudos clave de esta ausencia, de esta cosificación, de esta transmutación de la mujer en musa, en metonimia de otra cosa, en mensajera, en bella mujer muerta que conecta el deseo y el placer masculinos con cierta noción de trascendencia.

Por otra parte, resultan muy aportadores los pacientes análisis en que la cuestión del erotismo es también la de una construcción autoral, de una apropiación de la palabra. Es así como en el capítulo dedicado a Teresa Wilms Montt y el libro *En la quietud del mármol*, “Anuarí”, invención poética cuya correspondencia con el suicida Horacio Ramos Mejía marcó por mucho tiempo los análisis en torno a la obra de la poeta chilena, Baeza hace un giro interpretativo observando en ella un desplazamiento del lugar del objeto del deseo: Wilms crea un muerto feminizado que viene a ser la musa, inversión de los roles estereotipados que proyecta una serie de posibles lecturas desde la perspectiva de género,

pero que en un vuelco inesperado encuentra también otro cauce interpretativo: “Reclamar la maternidad de Anuarí es reclamar la autoría sobre el texto. En el reconocimiento de que Anuarí es producto de su propia creación, Wilms substancia su propia autoría”. Un doble movimiento, de interiorización y de exteriorización del duelo, en que el yo femenino logra inscribir “su habla sexuada en el campo universal de la palabra” (323).

Quisiera, por último, decir que el libro de Ana María Baeza, en el Chile de hoy, es un gesto y un proyecto de resistencia. Su portada ya es provocativa: el sexo femenino, con forma de flor de acuerdo con los motivos modernistas, tiene aquí un color rojo que reclama la mirada, como también los dedos de la mujer frotando el clítoris, provocando placer, erotismo, actividad de un sujeto y más allá: autopoiesis, autoinvención, performatividad, agenciamiento. Todas palabras que no tendrían sentido si no estuviéramos, todavía, luchando contra los estereotipos que existen en Chile, que lo confunden todo, que hacen del arte muchas veces un acto de depravación, que juzgan y condenan la sexualidad femenina y los derechos de las mujeres como si

se tratara de enloquecidos atentados contra el sentido común. Es claro que este libro observa hacia atrás, particularmente hacia los años 20, los años 30 del siglo pasado, pero mira hacia el futuro, porque pesa en él una dolorosa, urgente actualidad y porque llama a tomar partido, a hacerse cargo de las represoras

políticas de la representación en los países latinoamericanos, en que la negación, el silenciamiento y los extremos del homicidio y el genocidio, son practicados impunemente. No ser más carne de símbolo y reclamar la vida, sugiere Gabriela Mistral. No ser más la bella muerta, propone Ana María Baeza.